
Leer los evangelios hoy

Agustí Borrell

Documents d'ACO núm. 8
Plan de formación-1
Primera edición: 2002

SUMARI

Leer los evangelios hoy	3
¿Los evangelios o el evangelio?	3
Escritos hace veinte siglos	4
¿Cómo se escribieron los evangelios? .	6
¿Biografías de Jesús?	11
Los cuatro evangelios	13
Marcos	14
Mateo	16
Lucas	18
Juan.....	19
Cómo leer los evangelios hoy	21
De los evangelios a Cristo	25
Vocabulario	26



LEER LOS EVANGELIOS HOY

Los evangelios son los libros más leídos de la Biblia. Para los cristianos, son el instrumento privilegiado para encontrar a Jesús y para conocer su vida y su enseñanza. Pero a menudo encontramos en ellos textos que nos resultan extraños, sorprendentes, difíciles de entender. No pocas veces la lectura de los evangelios suscita dudas e interrogantes que no sabemos cómo resolver.

¿Cómo tenemos que acercarnos a los evangelios? ¿Qué podemos hacer para entenderlos un poco más? Las reflexiones que siguen quieren ser una sencilla ayuda para avanzar en el conocimiento de los evangelios. Recordaremos brevemente qué clase de libros son, cómo se formaron, qué características principales presenta cada uno de ellos, y también qué actitudes son convenientes para que sean realmente interesantes y útiles para nuestra vida actual.

Para trabajar en grupo o en la zona lo que aquí se explica, se puede hacer del modo siguiente:

1. Cada uno lee estas páginas anotando: a) cosas que me parecen especialmente interesantes o novedosas; b) dudas, cosas que no entiendo, cosas que me gustaría discutir.

2. Nos reunimos y, con la ayuda de un experto, ponemos en común y profundizamos lo que hemos anotado.

3. Cogemos algunos textos evangélicos y, con la ayuda del experto, intentamos profundizarlos, tanto para conocerlos en su sentido más literal, como para ver qué nos dicen a nuestra vida.

¿Los evangelios o el evangelio?

Cuando hablamos de los evangelios nos referimos habitualmente a cuatro libros de la Biblia, concretamente del Nuevo Testamento, que hablan de Jesús, de sus acciones y de su enseñanza, y que dedican una atención especial a su muerte y su resurrección.

Propiamente hablando, evangelio sólo hay uno. «Evangelio» es una palabra que viene del griego, y significa «buena noticia», «anuncio gozoso». En este caso, los cristianos usan la palabra evangelio para designar la mejor

y más importante noticia de la historia: Dios ama a los hombres y mujeres que ha creado y ha venido a traer a todos la felicidad y la paz. La buena noticia, de hecho, se identifica con una persona: Jesús de Nazaret, que es reconocido y anunciado como el Hijo de Dios hecho hombre.

Ahora bien, los detalles de esta buena noticia centrada en Jesús nos han llegado en cuatro versiones distintas: los que llamamos evangelios de Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Son cuatro escritos que a primera vista se parecen mucho entre sí, pero que tienen cada uno sus características propias. Resulta interesante que el único evangelio de Jesús se haya transmitido bajo formas distintas, porque este hecho nos recuerda que la riqueza de su persona y de su mensaje es tan grande que sólo lo podemos conocer un poco a partir del pluralismo y de la complementariedad de visiones distintas.

Escritos hace veinte siglos

Una de las primeras cuestiones que hay que tener en cuenta al leer los evangelios es que fueron escritos hace casi veinte siglos, en un ambiente social, cultural y religioso muy distinto del nuestro. Los cristianos creemos que los evangelios contienen un mensaje que es y será siempre actual, pero no lo podemos entender de forma adecuada si prescindimos del contexto original en el que fueron escritos los evangelios y los leemos como si hubiesen sido redactados con nuestra mentalidad. Recordemos, pues, algunos de los elementos más destacados del ambiente en que nacieron los evangelios.

Jesús era judío, y también lo eran sus primeros seguidores. Todos ellos vivieron en una época y en un lugar muy concretos: la Palestina del siglo I dC. En aquel tiempo, el pueblo de Israel se encontraba bajo el dominio del Imperio romano y, por tanto, en el ámbito de la cultura grecoromana. Los romanos confiaron el gobierno de Palestina a Herodes el Grande y a sus descendientes, si bien en tiempo de Jesús había una parte importante de Palestina, concretamente la zona de Judea (Jerusalén y alrededores), que estaba controlada directamente por un procurador, un delegado del gobierno romano. La presencia romana era vista por la mayoría de los judíos como una dominación inaceptable, de la que querían librarse.

La sociedad judía, sobre todo en la región de Galilea donde vivía Jesús, era de tipo rural. Las principales actividades económicas eran la agricultura y la ganadería. También se practicaba la pesca y distintas formas de artesanía. La mayoría de la gente llevaba una vida sencilla, sin muchos recursos económicos. Los pobres formaban un sector importante de la sociedad. Entre estos había los que trabajaban a jornal, que normalmente debían buscar tra-

bajo cada día y, cuando lo encontraban, recibían una paga que apenas cubría las necesidades de una familia reducida. Muchas personas tenían que vivir como mendigos; la mayoría eran ciegos, cojos, o enfermos crónicos, imposibilitados para hacer ningún trabajo. Había también una notable cantidad de leprosos, que estaban obligados a vivir fuera de los núcleos habitados y a mentenerse únicamente de las limosnas. Toda esta gente se encontraba en una situación de marginación, y no sólo económicamente, sino también en el aspecto social y religioso, porque los que tenían algún defecto físico o sufrían determinadas enfermedades eran excluidos de la vida social y religiosa. En este contexto hay que situar los numerosos relatos de milagros del Nuevo Testamento, en los que Jesús cura a los enfermos y les hace salir de la discriminación en que se encuentran.

La estructura social judía era de tipo patriarcal. El padre es el cabeza de familia, y la mujer y los hijos están bajo su autoridad. Las mujeres no tenían los mismos derechos que los hombres y, en general, no participaban de la vida pública. En los evangelios hay muchos elementos que muestran una valoración de la mujer mucho más positiva de lo habitual en la época.

La sociedad judía estaba muy marcada por la fe y la religión. Israel se consideraba desde tiempos antiguos el pueblo escogido por Dios, y habían transmitido de generación en generación lo que conocían como «la Torá» o la Ley (los primeros libros del Antiguo Testamento). Allí estaba la historia de sus antepasados, y también una larga lista de preceptos, considerados de origen divino, que regulaban toda clase de situaciones de la vida diaria.

El corazón de la vida religiosa del pueblo de Israel era el templo de Jerusalén, un edificio majestuoso en el que se creía que Dios estaba presente de un modo especial. Allí se realizaban los actos de culto, que consistían sobre todo en las ofrendas de animales, que eran sacrificados ante el santuario para dar gracias a Dios o para hacerle alguna petición. El templo era también el centro de la celebración de las fiestas principales del calendario judío. La más importante era la Pascua, fiesta familiar en recuerdo de la liberación de Egipto: según explica el libro del Éxodo, los antepasados de los israelitas habían sido esclavos en Egipto, y gracias a la intervención de Dios habían podido escapar y alcanzar la libertad. El momento central de la fiesta era la llamada cena pascual, durante la cual se comía un cordero previamente inmolado en el templo. Los evangelios relacionaron directamente la muerte y resurrección de Jesús con la fiesta judía de la Pascua.

Por otra parte, cada pueblo y cada ciudad donde había judíos tenía por lo menos una sinagoga, que era el lugar de oración de la comunidad y también hacía funciones de escuela. La celebración principal en la sinagoga tenía

lugar el sábado, día semanal de oración y de descanso obligatorio. Con el deseo de ser totalmente fieles a la Ley, los judíos habían ido multiplicando las prescripciones sobre las actividades prohibidas en sábado. De este modo, el sábado había llegado a convertirse para muchos en una carga abrumadora. Jesús se opuso con sus acciones y sus palabras a la esclavitud de la letra, y proclamó que estaba permitido hacer el bien en sábado, y que el sábado es para el hombre, y no el hombre para el sábado (Mc 2,27).

Teniendo en cuenta el peso de la religión en la sociedad judía, no es raro que los grupos más influyentes fuesen los sacerdotes y los maestros de la Ley, conocidos también como escribas o letrados. Los sacerdotes eran los encargados del culto del templo de Jerusalén, y su máxima autoridad era el sumo sacerdote, que presidía el Sanedrín, máximo órgano de gobierno en el interior del judaísmo. En la práctica, sin embargo, ejercían una mayor influencia entre la gente los maestros de la Ley, que tenían la función de estudiar e interpretar adecuadamente las Escrituras. En tiempos del Nuevo Testamento, los maestros de la Ley eran mayoritariamente del grupo de los fariseos, una de las dos grandes tendencias dentro del judaísmo de la época, junto a los saduceos. Otro movimiento más reducido lo formaban los zelotas, que no admitían ninguna autoridad al margen de la Ley y que querían expulsar a los invasores romanos por medio de la violencia. Un grupo aún más marginal eran los esenios, que se separaban del resto de los judíos y formaban comunidades que se comprometían a vivir de modo muy estricto todos los mandamientos de la Ley; la más conocida residió en Qumrán, cerca del Mar Muerto.

¿Cómo se escribieron los evangelios?

En este contexto vivieron Jesús y sus primeros seguidores. Pero, ¿cómo se llegaron a poner por escrito los hechos de la vida de Jesús y sus enseñanzas, es decir, cómo se produjo la redacción de los evangelios? Los evangelios son el resultado de un proceso relativamente largo, que duró unos cuantos años. Debemos tenerlo en cuenta, entre otras cosas para no creer que tenemos ante nosotros una reproducción inmediata e histórica (en el sentido moderno) de la vida de Jesús. Podemos resumir el proceso de composición de los evangelios en tres etapas.

a) Jesús (y los discípulos)

El punto de partida es, naturalmente, la vida de Jesús y su enseñanza. Jesús nació, en Belén (o quizá en Nazaret), poco antes de la muerte de Herodes

el Grande, es decir, hacia los años 7-5 aC. Vivió y creció en el seno de una piadosa familia rural judía de Nazaret, una pequeña población de Galilea. No tenía ninguna relación directa con el sacerdocio israelita, sino que vivió toda su vida como laico, y más bien entró en serio conflicto con las autoridades sacerdotales de Jerusalén. Trabajaba como artesano de la madera y la piedra. Su lengua habitual era el arameo, y probablemente también conocía el griego.

Poco antes del año 30 entró en contacto con el movimiento de Juan el Bautista, hijo de una familia sacerdotal de Judea y familiar de Jesús. Juan hablaba del juicio de Dios, llamaba a la gente a prepararse para la venida del Reino de Dios y les invitaba a bautizarse como signo de conversión. Parece que organizó a su alrededor un grupo de seguidores, los cuales constituyeron un movimiento que continuó después de su muerte. Jesús estuvo relacionado en una primera etapa con Juan, que lo bautizó también a él en el Jordán y del que quizá llegó a ser discípulo. Más adelante Jesús se separó de él y comenzó su actividad propia, probablemente en el año 28 dC. Su ámbito preferente de actuación era la región de Galilea, y también fue en varias ocasiones a Jerusalén, como era habitual entre los judíos de su época, cuando menos para la celebración de las fiestas anuales de peregrinación.

Su mensaje y su actuación iban dirigidos a todas las categorías sociales, y sobre todo a los más marginados en la sociedad judía de la época: publicanos, pecadores, leprosos, enfermos, paganos... El centro de la predicación de Jesús era «el Reino de Dios», un concepto amplio, que tiene sus raíces en el Antiguo Testamento, y que se refiere a la intervención de Dios en la historia humana. Jesús anunciaba el Reino de Dios como inminente o ya iniciado, y no sólo como una realidad futura. Uno de los medios más característicos y más habituales que utilizaba para su anuncio era las parábolas, pequeñas historias que partían de situaciones y hechos de la vida cotidiana de sus oyentes. Jesús las empleaba para expresar algún aspecto de la forma de ser y de actuar de Dios, y para invitar a los oyentes a realizar un cambio en sus comportamientos y actitudes.

Uno de los aspectos de la tradición sobre Jesús que resulta más sorprendente para la mentalidad moderna es que se le presenta como autor de milagros. Tanto Jesús mismo como sus seguidores y sus adversarios estaban convencidos de que él tenía la capacidad de realizar acciones extraordinarias (curaciones de enfermos, exorcismos...), aunque había una diversidad total de opiniones sobre el origen último de este poder. Es realmente difícil decidir sobre la historicidad de cada uno de los relatos de milagros que contienen los evangelios. Y sobre todo, hay que tener en cuenta que ningún historiador puede asegurar (ni tampoco negar) que las acciones extraordinarias de Jesús

sean milagros en el sentido propio de la palabra, es decir, actuaciones de Dios en la historia humana. Esta es una afirmación reservada al ámbito de la fe. La atribución de un hecho determinado a la intervención de Dios es una opción de tipo creyente, pero no puede ser verificada con los instrumentos de la crítica histórica.

El hecho es que la predicación de Jesús y las curaciones extraordinarias que realizaba provocaron una gran expectación popular. Sin embargo, al cabo de un tiempo el entusiasmo de la gente se enfrió, seguramente porque esperaban una actuación y un liderazgo más políticos. Al mismo tiempo creció la hostilidad de las autoridades políticas y religiosas contra Jesús. El conflicto fue creciendo, alimentado por la actitud de Jesús hacia la Ley y el templo. En cuanto a la Ley, la interpretaba apelando a la voluntad última de Dios y buscando no el cumplimiento literalista de las normas, sino la finalidad que hay detrás de cada una de ellas, y sobre todo criticaba la manera como eran utilizadas «las tradiciones de los antiguos», y también el legalismo en la práctica del sábado y otros temas relacionados con la pureza ritual. Jesús se mostró especialmente crítico con el culto del templo de Jerusalén; el episodio en el que Jesús vuelca las mesas de los cambistas y de los vendedores debió tener una influencia notable en la decisión de las autoridades de hacerle detener. Por otra parte, es posible que las autoridades temieran que el movimiento suscitado por Jesús degenerase en una revuelta política contra Roma.

Algunos elementos del mensaje y del comportamiento de Jesús lo sitúan al margen de la autoridad establecida y de las costumbres y las leyes sociales y religiosas comúnmente aceptadas por el pueblo de Israel. Sin embargo, resulta exagerado presentarlo como un revolucionario social. No hay indicios de que propusiese, por lo menos directamente, una reforma social o un cambio político, y sobre todo no utiliza ni propone la violencia: más bien llama la atención porque sitúa en el centro del comportamiento humano el amor a los demás, incluso a los enemigos.

Para entender mejor la redacción posterior de los evangelios, es importante observar que Jesús actuaba como un maestro itinerante, y que atraía también por su predicación. Pero Jesús no dejó nada escrito, lo cual no resulta nada extraño en una cultura como la de su tiempo, que se basaba mucho más en la palabra que en la escritura, y en la que la mayoría de la gente no sabía leer ni escribir. Alrededor de Jesús hubo pronto un grupo de personas que le acompañaban en sus desplazamientos por Galilea y fueron los primeros oyentes de su enseñanza. Es lógico que sus discípulos recordasen de modo más o menos voluntario algunas de sus enseñanzas, aunque aún no eran conscientes de su importancia. Por otra parte, hay que tener en cuenta

la importancia de la memorización en el mundo antiguo en general y en el judaísmo en particular. Jesús contribuía a facilitar que muchas de sus palabras fuesen recordadas gracias a la utilización de un lenguaje imaginativo, lleno de símbolos y metáforas y con expresiones enigmáticas.

Dos circunstancias que contribuyen a dar continuidad a las palabras de Jesús desde muy pronto son el envío misionero de los discípulos (en algún momento de su vida, Jesús envió a sus discípulos a proclamar el mensaje que él mismo anunciaba) y la vida interna del grupo de seguidores de Jesús, que, sin tener una estructura muy organizada, manifestaba rasgos muy singulares en relación a su entorno.

Probablemente en el año 30, Jesús fue a Jerusalén con sus seguidores con ocasión de la peregrinación por la fiesta de la Pascua. Allí se vio implicado en algunas polémicas alrededor del templo, hasta que después de la última cena con sus discípulos, fue detenido, juzgado, crucificado y sepultado. Esta muerte tuvo lugar mientras Pilato era gobernador (años 26-36 dC) y Caifás sumo sacerdote (años 18-37dC).

b) Los primeros cristianos

El siguiente paso hacia la redacción de los evangelios es el tiempo de los primeros creyentes cristianos que se reúnen después de la muerte de Jesús. Viven con la convicción de que él ha resucitado; si bien la resurrección es un hecho históricamente indemostrable, es evidente que los discípulos están plenamente convencidos de que Jesús vuelve a estar presente en medio de ellos, de una forma nueva. Esta convicción les hace releer y reinterpretar todo aquello que tiene que ver con Jesús. La comunidad, a la luz de la Pascua, va recordando, transmitiendo y actualizando los hechos y las palabras de Jesús.

También hay que tener muy en cuenta en este proceso el papel de la Escritura. Los primeros cristianos, como el mismo Jesús, procedían del judaísmo, que otorgaba un lugar central a la Biblia, considerada como palabra de Dios. Por eso, enseguida se produjo una labor de reflexión para ir poniendo en una relación cada vez más estrecha Jesús y la Escritura. De hecho, desde las primeras formulaciones del anuncio cristiano, dirigido aún a los judíos, estaba ya presente la referencia al cumplimiento de las Escrituras (1Cor 15,3-5). Al mismo tiempo que Jesús era visto a la luz de la Escritura, ésta era releída a la luz de Jesús, a quien se otorgaba la misma autoridad que a la palabra de Dios.

El recuerdo del pasado se combina con la necesidad y la voluntad de adaptarlo al presente. A medida que el cristianismo se va difundiendo y se encuentra con nuevas realidades sociales, lingüísticas y culturales, la manera de explicar la vida y las enseñanzas de Jesús también se va adaptando. **9**

Así, lo que Jesús decía en arameo se traduce al griego, la lengua común de la región mediterránea; algunas enseñanzas de Jesús se modifican ligeramente (por ejemplo, Mc 10,11-12 piensa en la posibilidad de que también la mujer abandone al marido, como corresponde a los usos romanos, mientras que en Mt 19,9 se piensa sólo en el hombre, como ocurría en el mundo judío). Igualmente, a medida que se encuentran con nuevos interrogantes, los cristianos intentan recordar palabras o acciones de Jesús que puedan ayudarles a encontrar una respuesta: ¿Hay que anunciar el evangelio a los no judíos? ¿Hay que seguir observando las normas sobre el sábado? ¿Tenemos que pagar los impuestos?...

En la vida de los primeros creyentes y de las comunidades que se fueron formando, había varios ámbitos en los que se hacía importante el recuerdo y la reflexión sobre la «buena noticia» de Jesús: el anuncio misionero, la celebración litúrgica, la catequesis, la controversia, etc. En cada uno de estos lugares se van formando tradiciones sobre los hechos y las palabras de Jesús, se recuerdan sus milagros, las parábolas que él explicaba, sus discusiones con los escribas y fariseos, etc., y se crea poco a poco un conjunto de material que se va transmitiendo y ampliando progresivamente. La transmisión es en un primer momento sólo oral, pero pronto se empiezan a formar algunas recopilaciones escritas, ya sea de milagros, de parábolas, de tradiciones locales...

Todo este proceso no afectaba sólo a las enseñanzas de Jesús sino más bien a su persona y su vida. Se explicaban hechos y acciones de Jesús, y sobre todo lo relacionado con su pasión, muerte y resurrección.

c) Los autores de los evangelios

Poco a poco las tradiciones se fueron poniendo también por escrito, hasta que en un momento determinado dan lugar al nacimiento de los evangelios. Llega un tiempo en que determinadas personas, en lugares y momentos distintos, ven la necesidad de elaborar una recopilación unitaria y coherente de todo lo que se refiere a esta buena noticia, este «evangelio» de Jesús que es considerado la base de su fe. Así llegamos a los evangelios como nosotros los conocemos.

Durante mucho tiempo se valoró poco la labor de los autores de los evangelios, y se les consideraba casi simples compiladores del material que ya circulaba entre las comunidades. Es cierto que en buena parte recogen tradiciones conocidas, pero no lo es menos que llevan a cabo una obra de creación literaria y teológica personal. Cada uno de los evangelistas, partiendo de la tradición común existente en las comunidades, de otras fuentes de que

mucho en común con los otros pero con una personalidad propia. Cada uno de ellos tiene su estilo peculiar, su concepción teológica particular...

Sin embargo, de todos modos, los evangelios nacen de un ambiente comunitario. Cada uno es reflejo de la mentalidad de su autor, pero también de las características y de los problemas de una comunidad cristiana concreta del siglo I dC. De hecho, primero hubo la comunidad creyente y luego llegó la expresión escrita de esta fe vivida.

¿Biografías de Jesús?

¿Qué clase de escritos son los evangelios, redactados como fruto del largo proceso que acabamos de observar? Existe una tendencia muy generalizada a leer los evangelios como si fuesen crónicas periodísticas del tiempo de Jesús, y a intentar descubrir si lo que explican es fiable o no desde el punto de vista histórico. La voluntad de conocer cada vez mejor los detalles de la vida de Jesús es muy legítima, pero no hay que olvidar que los evangelios no son instrumentos muy adecuados para lograr este objetivo.

La intención de los evangelistas no es recoger con fidelidad de cronista los detalles de la vida de Jesús. Probablemente nada de lo que hay en los evangelios fue escrito simplemente porque sucedió. Los evangelios tienen otra fidelidad, que es anunciar la buena noticia de Jesús y presentarlo como enviado de Dios (el «Mesías» que el pueblo de Israel esperaba) y el salvador de la humanidad. Todo lo que contienen está al servicio de este objetivo. El interés de los evangelistas no se sitúa en el pasado, sino en el presente. No quieren escribir historia, sino transmitir la fe, la fe cristiana en Jesús. Para ellos Jesús no es un personaje del pasado, sino alguien que vive para siempre y está presente de forma misteriosa pero muy real en medio de ellos.

Sin embargo, esto no significa, ni mucho menos, que los evangelios no tengan una base histórica. Desde luego que sí. Los autores de los evangelios no quieren, ni pueden, prescindir del Jesús de la historia. Los evangelistas parten de la historia de Jesús, su obra está profundamente arraigada en ella, pero no hacen obra de historiadores. Una lectura historicista de los evangelios es la que ha producido tantos malentendidos, polémicas estériles y comprensiones equivocadas del mensaje cristiano.

Los evangelios no son libros científicos de historia sobre Jesús, sino obras de fe en él. Tienen como punto de partida la historia, pero su objetivo no es la historia. Basta con observar que dejan de lado muchos elementos que cualquier biógrafo consideraría imprescindibles: prácticamente no contienen ninguna datación de los hechos que explican, algunos de ellos no dicen

nada del origen y el nacimiento de Jesús ni de sus familiares, pasan totalmente por alto la mayor parte de los años de la vida de Jesús, no hacen ninguna descripción física ni psicológica de él... Otro detalle es que no se preocupan de recoger literalmente las palabras de Jesús, sino que quieren transmitir con fidelidad el contenido de su mensaje; para ello, adaptan, si es necesario, las palabras de Jesús para que resulten más adecuadas y comprensibles a cada nuevo ambiente en el que han de ser proclamadas.

La voluntad de los primeros cristianos, por tanto, no es historicista, sino de fidelidad creyente. No se trata de recordar al máximo los detalles externos, observables, de la vida de Jesús, sino de entender su verdadera identidad y su mensaje, una vez han descubierto que era ni más ni menos que el Hijo de Dios. Los hechos externos que recuerdan del tiempo de Jesús son vistos como signos de una realidad más profunda.

Así pues, los evangelios son la historia de Jesús releída desde la fe. Es una relectura en profundidad de los hechos externos, que va mucho más allá de las apariencias, de los fenómenos, que en sí mismos son ambiguos y abiertos a múltiples interpretaciones. Los evangelistas están convencidos de que la fe da una comprensión más auténtica de la realidad de Jesús y de su verdadera identidad que la simple observación externa.

Está, por ejemplo, el tema de los milagros. Lo que está en juego y en discusión en los evangelios no es si Jesús hizo o no milagros, sino cómo hay que interpretarlos. Por ejemplo, la curación de un paralítico por parte de Jesús (supongamos, aunque sea por hipótesis, que se produjeron realmente hechos como este) puede ser entendida como un signo de la presencia de Dios en Jesús, o como una muestra de su relación con el diablo, o como la manifestación de los poderes mágicos de Jesús, o simplemente como un indicio de que tenía conocimientos médicos poco habituales en su tiempo. Lo mismo se puede aplicar a todo lo que sabemos o podamos saber sobre el Jesús de la historia: el hecho es que entre sus contemporáneos, testigos de sus acciones y oyentes de su enseñanza, suscitó reacciones de todo tipo, desde la adhesión incondicional hasta el rechazo total.

Por tanto, los evangelios parten de la historia de Jesús, pero su exposición está condicionada por muchos factores que van más allá de la crónica o la biografía. También es notable el peso que el Antiguo Testamento ejerció, literariamente y teológicamente, en la redacción de los escritos del Nuevo Testamento. El cristianismo nace en el interior del judaísmo, y la convicción de los primeros cristianos es que Jesús es el cumplimiento y la plenitud del Antiguo Testamento. Las narraciones de la pasión de Jesús, para recordar un caso emblemático, están repletos de referencias directas e indirectas a

textos de los salmos o de los profetas. Algunos episodios están explicados siguiendo modelos literarios bíblicos. Así, la muerte violenta de Jesús resultó tan desconcertante para sus seguidores, que tuvieron que hacer un esfuerzo para buscar en la palabra de Dios la justificación y el sentido de un hecho tan escandaloso como era que el que consideraban el Mesías enviado por Dios a salvar a la humanidad, terminase su vida condenado y ejecutado como un malhechor. El afán de relacionar a Jesús con el Antiguo Testamento puede haber llevado a los primeros cristianos incluso a crear episodios referidos a Jesús, pero generalmente lo que hacían era encontrar en el Antiguo Testamento el material necesario para descubrir el sentido de hechos escandalosos o incomprensibles de la vida de Jesús.

Para la lectura adecuada de los evangelios hay que tener en cuenta que una vez realizado este proceso interpretativo por el que los hechos recibían la iluminación del Antiguo Testamento, todo ello, hecho e interpretación, era redactado en forma narrativa. Así es como se llegó a este género literario peculiar que es el evangelio, una creación extraordinaria desde el punto de vista literario y teológico. Los evangelios se inspiran en el lenguaje narrativo, de tipo popular, que era ya característico de muchos libros bíblicos.

En resumen, pues, los evangelistas no buscan hacer una crónica de hechos históricos, sino expresar en forma narrativa su fe en Jesús.

Los cuatro evangelios

Los evangelios del Nuevo Testamento son al mismo tiempo muy semejantes y muy distintos entre sí. Una observación de los textos permite observar fácilmente un fenómeno curioso, y es que los tres primeros (Mateo, Marcos y Lucas) recogen en buena parte los mismos hechos y palabras de Jesús, y, muy a menudo, en términos prácticamente idénticos. Desde hace tiempo, estos tres evangelios son llamados «sinópticos», una palabra que viene del griego y que significa que se pueden mirar conjuntamente, es decir, que se pueden poner uno al lado del otro en columnas paralelas y comprobar que hay una gran cantidad de coincidencias.

En líneas generales, se puede decir que la secuencia global de los episodios coincide en los tres sinópticos; el orden de los hechos es el mismo, con pequeñas excepciones, y se puede esquematizar así:

- Introducción
- Actividad de Jesús en Galilea
- Viaje a Jerusalén
- Pasión, muerte y resurrección

En algunas ocasiones el paralelismo es total, incluso en las palabras. Normalmente estas coincidencias son mayores en las palabras de Jesús que en las partes narrativas.

Ahora bien, junto a estas coincidencias también hay diferencias muy importantes. Concretamente, por ejemplo, Mateo sigue un orden bastante diferente a los otros dos en los textos de la primera parte de su evangelio. Lucas sigue en general el mismo orden de Marcos, pero de vez en cuando hay secciones con materiales que no están en Marcos, como también al revés. Y si observamos algunas escenas concretas, a menudo están situadas en lugares distintos (por ejemplo, la llamada a los primeros discípulos o el episodio de Jesús en la sinagoga de Nazaret). Las divergencias también son importantes en el detalle de los textos (por ejemplo, el texto del Padrenuestro o el de las Bienaventuranzas es distinto en Mateo y en Lucas).

Resulta difícil saber exactamente como se ha llegado a esta situación. La explicación más habitual es la siguiente: el primer evangelio que se escribió es el de Marcos, que habría sido el creador de este género literario. Posteriormente, Mateo y Lucas, cada uno de forma independiente, conocieron el evangelio de Marcos y decidieron escribir un libro semejante. Para hacerlo, siguieron el mismo esquema general de Marcos y reprodujeron también la mayoría de episodios que contiene, adaptándolos a su propio estilo. Al mismo tiempo, completaron todo lo referente a la enseñanza de Jesús a partir de otro documento que conocían y que contenía una colección de palabras de Jesús. Por otra parte, cada uno de ellos añadió también otras informaciones que había recogido por distintos medios.

Por su parte, el evangelio de Juan siguió un proceso distinto, aunque es posible que su autor o autores conociesen alguno de los otros evangelios.

Veamos ahora algún detalle de cada uno de los evangelios.

Marcos

Con mucha probabilidad, el evangelio de Marcos es el más antiguo de los cuatro que hay en el Nuevo Testamento. En realidad, no conocemos a su autor, aunque puede que se trate de Juan Marcos, que aparece en el libro de los Hechos de los Apóstoles como uno de los primeros cristianos de Jerusalén, y luego como colaborador del apóstol Pablo. La tradición cristiana lo recuerda también como acompañante de Pedro.

Marcos escribe para personas que no son de origen judío. Por eso traduce las palabras arameas y explica algunas costumbres judías. Tampoco abundan las citas del Antiguo Testamento, aunque no deja de mostrar de distintas

maneras que en Jesús se cumplen los anuncios de los profetas y las esperanzas del pueblo de Dios. Aunque no está demostrado, desde tiempos antiguos se ha creído que Marcos escribió su evangelio para cristianos de Roma o de sus alrededores, unos 30 o 40 años después de la muerte de Jesús.

El evangelio de Marcos tiene las características de una narración sencilla y popular. El vocabulario es concreto y limitado. Los distintos episodios son explicados de modo breve y directo, a menudo con detalles pintorescos, y se pasa con rapidez de una escena a otra. Abundan los verbos de movimiento y las frases cortas, lo que da gran viveza y dinamismo al texto.

La atención del evangelio se centra totalmente en Jesús. De él se explican sobre todo acciones, y en cambio hay muy poco material de enseñanza. Por otra parte, todo el relato está orientado hacia la muerte y resurrección de Jesús, verdadero punto culminante del evangelio. El tema de fondo es la identidad de Jesús. Desde el mismo título del escrito se le presenta como Mesías e Hijo de Dios, pero la intención del evangelista parece ser la de llevar al lector a preguntarse quién es realmente para él Jesús, y si ha entendido de verdad lo que significa creer en él. En varias ocasiones Jesús prohíbe que se divulguen sus milagros, o que se diga que él es el Mesías. Seguramente, el objetivo es evitar que la gente se fije sólo en los aspectos atractivos y tenga una idea falsamente gloriosa de Jesús. La verdadera identidad de Jesús se manifiesta paradójicamente en la cruz, donde él da la vida para salvar a todo el mundo, y en la resurrección que va íntimamente unida. Jesús no es el Mesías victorioso, que quiere ser honrado y aclamado, sino el que se pone totalmente al servicio de los demás y sólo llega a la gloria pasando por la cruz.

Otro tema importante en el evangelio, ligado con el anterior, es el papel de los seguidores de Jesús. Cuando les llama, lo dejan todo por él, y le acompañan en su camino por Galilea y hasta Jerusalén. Pero estos discípulos tienen dificultades para comprender quién es realmente Jesús y por qué tiene que morir de forma ignominiosa. Incluso llegan a abandonarlo en el momento en que es detenido. Jesús no deja de repetirles, con sus palabras y con su ejemplo, que también ellos, por ser sus seguidores, tienen que adoptar una actitud de servicio y estar dispuestos a dar la vida.

Una buena clave de lectura del evangelio de Marcos es ir observando las reacciones de todo tipo que tienen ante Jesús los distintos personajes que van apareciendo (sorpresa, admiración, duda, incomprensión, rechazo...). Y, sobre todo, tener siempre presente la pregunta que Jesús plantea a los discípulos en el centro mismo del evangelio: «¿Y vosotros, quién decís que soy yo?»: cada uno de los episodios recogidos por Marcos quiere ser un

elemento más que ayude a cada uno a responder, con la práctica y no sólo en teoría, a este interrogante fundamental.

Mateo

El evangelio de Mateo sigue básicamente el mismo esquema de Marcos, y repite en buena parte su contenido. Pero al mismo tiempo amplía considerablemente la información, especialmente por lo que respecta a la enseñanza de Jesús.

El autor es identificado desde los tiempos antiguos con Mateo, que el mismo evangelio presenta como el recaudador de impuestos que fue llamado por Jesús a seguirle. Parece que escribió el evangelio hacia los años 80 del siglo I dC. En cualquier caso, nos encontramos en un ambiente marcadamente judío. Seguramente, el autor escribe para una comunidad de cristianos que provienen mayoritariamente del judaísmo, y que conocían bien el Antiguo Testamento. El escrito está lleno de citas y alusiones a los libros bíblicos, generalmente con la voluntad de mostrar que en Jesús se ha cumplido todo lo que Dios había anunciado por medio de los profetas. Al mismo tiempo, la comunidad de Mateo es consciente de que el evangelio de Jesús es para todos sin excepciones, y que hay que anunciar la buena noticia a todos los pueblos de la tierra.

En general, Mateo abrevia los relatos de Marcos, mientras que amplía mucho las palabras de Jesús. Su enseñanza se concentra especialmente en cinco grandes discursos, distribuidos de forma equilibrada a lo largo de todo el evangelio, y en coordinación con las partes narrativas:

- El primero es el que concemos habitualmente como Sermón de la Montaña (Mt 5-7), una amplia recopilación de la enseñanza de Jesús. Abundan en ella las normas de comportamiento para los discípulos, en comparación con las normas de la Ley y la interpretación casuística que de ella hacían los fariseos. Según el evangelista, Jesús en realidad no pide cambiar unas normas por otras, sino que radicaliza la exigencia de autenticidad en el cumplimiento de la Ley y propone vivir las relaciones con Dios desde un planteamiento de libertad filial. En este discurso encontramos textos tan ricos y característicos como las Bienaventuranzas o el Padrenuestro.

- El segundo discurso es el de la misión (Mt 10), y contiene recomendaciones de Jesús a los apóstoles en vista a su actividad misionera: el texto pone de relieve el hecho de que la misión de los Doce representa la continuación del ministerio de Jesús. Como ocurre en muchos lugares de los evangelios, hay textos de este discurso que están redactados teniendo ya en cuenta

la experiencia que los apóstoles han sufrido después de la muerte de Jesús: así, se dice que serán azotados en las sinagogas (Mt 10,17) o que habrá graves divisiones entre padres e hijos (Mt 10,21), etc.

- El tercero es el de las parábolas (Mt 13), en el que Mateo ha recogido siete parábolas de Jesús: la temática central es el Reino, presente en la persona y la obra de Jesús, y que, a pesar de su aparente lentitud y pequeñez, y a pesar de la oposición que está encontrando, avanza y al final se manifestará en plenitud.

- Otro discurso es el que podemos llamar comunitario (Mt 18), ya que reúne la enseñanza de Jesús referida a la vida de la comunidad cristiana. Parece que va dirigido, por lo menos en primera instancia, a los responsables, para ayudarles en la organización y el funcionamiento de las comunidades. De todos modos, no se trata de normas jurídicas, sino más bien de orientaciones prácticas sobre la acogida a los más humildes y marginados y también sobre la práctica del perdón y la reconciliación.

- Finalmente, el quinto es el discurso escatológico (Mt 24-25), que está presente también en los demás evangelios sinópticos, pero que en el caso de Mateo es más amplio; está centrado en el retorno final del Señor glorioso al fin de los tiempos, pero insiste al mismo tiempo en la necesidad de velar y de poner en práctica el amor fraterno mientras dure el tiempo presente.

Mateo cree y quiere demostrar que Jesús es el Mesías, el Salvador enviado por Dios que el pueblo de Israel estaba esperando, y que, por tanto, el cristianismo es la verdadera continuación del pueblo de Dios. Mateo destaca que Jesús es descendiente de David, el primer gran rey de Israel: Jesús es el verdadero rey del pueblo de Dios, pero no ha venido a dominar sino a servir y dar la vida. Otros judíos de su tiempo, especialmente los fariseos, no aceptaban de ningún modo estos planteamientos. Por eso el evangelio de Mateo tiene a menudo un tono polémico, de enfrentamiento con el judaísmo oficial que rechaza a Jesús. En el evangelio abundan los episodios de confrontación entre Jesús y los fariseos, que aparecen como personas muy legalistas, preocupadas por el cumplimiento externo de todas las normas legales y rituales, pero sin una verdadera apertura interior a la voluntad de Dios.

Un aspecto que Mateo tiene muy presente es la dimensión comunitaria de la vida de los seguidores de Jesús. Numerosas instrucciones de Jesús tienen que ver con la relación mutua entre los creyentes: tienen que vivir como hermanos y ponerse los unos al servicio de los otros, tienen que practicar la acogida y el perdón, tienen que rezar en común... En comparación con el evangelio de Marcos, también llama la atención la presencia de los capítulos iniciales, que hablan del nacimiento y la infancia de Jesús. Tam-

co aquí el interés es biográfico, sino que Mateo quiere mostrar desde el principio a Jesús como descendiente de David y como Mesías, y quiere subrayar al mismo tiempo cómo Jesús es incomprendido y perseguido por las autoridades de su pueblo, en un preanuncio de la persecución que le llevará a la muerte. Por otra parte, Mateo amplía también los episodios relacionados con la resurrección, para poner de relieve que realmente los discípulos (hombres y mujeres) habían sido testigos de la presencia de Cristo en medio de ellos, vivo después de su muerte.

El evangelio de Mateo puede ayudarnos hoy a reencontrar a Jesús como maestro, y a descubrir la fuerza y riqueza de su enseñanza. También tiene que ayudarnos a recordar las raíces del mensaje cristiano en la fe del pueblo de Israel, y a ver la continuidad y la novedad en relación con el Antiguo Testamento.

Lucas

La primera característica que hay que tener en cuenta al leer la obra de Lucas es que él no se detiene en los hechos de la muerte y resurrección de Jesús, sino que escribe una segunda parte, que llamamos Hechos de los Apóstoles, para mostrar la continuación posterior de la obra iniciada por Jesús, cuando el anuncio cristiano se difunde por medio de la acción de los primeros cristianos. Lucas quiere ofrecer, con el evangelio y los Hechos de los Apóstoles, una visión global de la actuación salvadora de Dios en la historia humana.

El estilo de Lucas es un poco más elaborado que el de Marcos. Sin abandonar el estilo popular que es característico de los evangelios, Lucas escribe con un tono más literario. A diferencia de Mateo, Lucas escribe para una comunidad que está formada mayoritariamente por cristianos de origen pagano, es decir, que no eran judíos antes de creer en Cristo, y uno de los temas que quiere destacar es precisamente que el mensaje de Cristo es universal. Según la antigua tradición cristiana, Lucas fue un colaborador del apóstol Pablo. Probablemente redactó sus escritos durante el último cuarto del siglo I dC.

Por lo que respecta concretamente al evangelio, Lucas sigue también el esquema global de Marcos, pero con muchas aportaciones propias. También él comienza con episodios relacionados con el nacimiento y la infancia de Jesús, aunque no suelen coincidir con los de Mateo. En estos capítulos iniciales, Lucas acentúa que detrás de lo que sucede con Jesús, comenzando por su nacimiento, está la acción creadora y liberadora del Espíritu de Dios. El Espíritu es el verdadero protagonista del inicio del evangelio, el que llena

18 a Jesús para que comience su actividad y su enseñanza, y será también el

protagonista de los Hechos de los Apóstoles, cuando comience la expansión misionera del cristianismo.

En este sentido, Lucas también es el evangelista que dedica una mayor atención a la oración, que es precisamente la que permite descubrir la presencia cercana de Dios en la vida humana y vivir en diálogo permanente con él. Lucas habla en numerosas ocasiones de la oración del propio Jesús, y recoge asimismo su enseñanza sobre la oración.

Lucas pone también de relieve la predilección de Dios por los marginados de todo tipo: los pobres, los pequeños, los enfermos, los extranjeros, los niños... Jesús se acerca a todos ellos y les hace llegar la misericordia del Padre. Los pobres son los que reciben más fácilmente con alegría el anuncio de Jesús. En contraste, Lucas muestra a menudo cómo los ricos y los orgullosos se cierran al evangelio y no acogen el mensaje de Jesús. Un caso especial lo constituyen los pecadores, que eran completamente rechazados por las autoridades y los grupos piadosos de su tiempo: Jesús los acoge y a través de parábolas como la del hijo pródigo enseña que Dios quiere perdonar y acoger a todos, y en primer lugar a los que se han alejado y necesitan en mayor medida su amor. Las mujeres, que ocupaban un lugar secundario en la sociedad judía, tienen también un papel relevante en el evangelio de Lucas, hasta el punto de que menciona a algunas entre los seguidores de Jesús.

Todo el evangelio de Lucas está atravesado por un clima de alegría profunda. La alegría es la reacción que va asociada a la actuación liberadora de Dios en la historia humana, que alcanza su culminación en Jesús.

La lectura de la obra de Lucas (evangelio y Hechos de los Apóstoles) nos pone en contacto con una visión creyente de la historia, en la que Jesús ocupa el lugar central, pero al mismo tiempo sigue presente entre nosotros por medio de su Espíritu Santo. Lucas quiere contagiar a sus lectores la alegría de saber que Dios ha actuado y actúa a favor de los necesitados. Esta constatación debe ser motivo de agradecimiento a Dios y fuente de compromiso cristiano, por ejemplo, en la acogida a toda clase de personas.

Juan

Con el evangelio de Juan entramos en un ambiente bastante distinto de los tres evangelios anteriores. El estilo, el vocabulario y el tono general del escrito tienen características propias. Por ejemplo, así como Mateo, Marcos y Lucas recogían muchos episodios sobre Jesús, explicados de forma breve, Juan selecciona algunos pocos, y se entretiene más extensamente en cada uno de ellos. Por otra parte, el mismo esquema literario del evangelio es

distinto: mientras que los tres sinópticos presentan un solo viaje de Jesús y sus discípulos de Galilea a Jerusalén, en el evangelio de Juan las idas y venidas de Jesús entre Galilea y Jerusalén son continuas. Aunque generalmente es considerado el evangelio más teológico, el vocabulario que utiliza es el más sencillo: Jesús toma muchos elementos de la vida de cada día de la gente de su tiempo (agua, luz, pan...) para expresar realidades muy profundas.

Probablemente el evangelio de Juan es el que se escribió más tarde, por lo menos en su redacción definitiva, a finales del siglo I dC. Tampoco este evangelio dice nada de su autor, pero parece que proviene en definitiva de Juan, uno de los primeros discípulos de Jesús. De todos modos, también es evidente que el evangelio pasó un largo proceso de composición, y que se iba perfilando y enriqueciendo a medida que avanzaba la vida de la comunidad cristiana y aparecían nuevos interrogantes y también nuevas comprensiones de la figura y el mensaje de Jesús.

Se puede considerar que el evangelio tiene dos grandes partes, precedidas por una introducción poética (el prólogo del capítulo 1) y con un apéndice final (capítulo 21). El prólogo es un himno que presenta a Jesucristo en relación de plena intimidad con Dios, desde su preexistencia eterna y hasta su encarnación.

- La primera gran parte (hasta el capítulo 12) contiene una serie de signos prodigiosos de Jesús (milagros), complementados por los diálogos y discusiones de Jesús con sus adversarios y con otros personajes, que sirven para profundizar algunos elementos centrales de la fe cristiana: el bautismo, el culto, la eucaristía, la resurrección. El marco geográfico de muchas escenas es Jerusalén y más en concreto el templo. También tienen un papel importante las fiestas judías. Hay que notar que el texto presenta una confrontación entre Jesús y el judaísmo, que responde más al tiempo en que se escribe el evangelio que al tiempo en que Jesús vivió: por ejemplo, en la narración sobre la curación del ciego de nacimiento, se dice que los judíos habían acordado expulsar de la sinagoga a todo aquel que confesase que Jesús era el Mesías (Jn 9,9), una información que no corresponde al tiempo de Jesús y que seguramente es un reflejo de la exclusión definitiva de los cristianos por parte del judaísmo oficial de orientación farisea que tuvo lugar después del año 70 dC.

- Por lo que respecta a la segunda parte (a partir del capítulo 13), comienza mostrando a Jesús y a sus discípulos en el marco de una cena de despedida. Jesús habla del futuro, que estará marcado por la acción y la presencia del Espíritu Santo. Al mismo tiempo, deja a sus discípulos (y a los que lean el evangelio) su mandamiento nuevo, el del amor: «Amaos unos a otros como

yo os he amado». A continuación vienen las narraciones de la pasión, la muerte y la resurrección de Jesús. Los hechos son básicamente los mismos que explican los otros evangelios, pero la perspectiva es distinta: Jesús controla plenamente la situación, y avanza con decisión hacia la cruz, el lugar de su victoria y su glorificación.

La imagen de Jesús que se desprende del evangelio de Juan acentúa que él es realmente el enviado de Dios y el camino adecuado para llegar a Dios. Jesús no habla tanto del Padre y del Reino como en los evangelios sinópticos, sino que suele hablar de sí mismo, y lo hace con comparaciones que van describiendo su verdadera identidad, con la fórmula «Yo soy...»: la resurrección, la vida, el camino, el buen pastor, la luz del mundo...

La finalidad del evangelio de Juan no es tampoco dar información histórica sobre Jesús, sino conducir a los lectores a creer en él. Creer en Jesús es la manera de tener la vida verdadera. Como dice el mismo autor al final del capítulo 20, ha redactado su escrito «para que creáis que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios, y, creyendo, tengáis vida en su nombre».

Leer hoy el evangelio de Juan nos pone en contacto con un Jesús glorioso y atractivo, un Jesús que es realmente hombre como nosotros pero que es al mismo tiempo la presencia de Dios en la historia y, por tanto, que se convierte para nosotros en camino de acceso a Dios, en la auténtica verdad sobre la vida, el mundo y la historia que en el fondo de nuestro corazón deseamos conocer. El evangelio de Juan nos muestra el verdadero rostro de Dios, manifestado en Jesús, y nos recuerda igualmente la centralidad del amor en la vida cristiana.

Cómo leer los evangelios hoy

Una vez conocidas, muy esquemáticamente, las características principales de los evangelios, hay que dar un paso más y preguntarnos qué tenemos que hacer para acercarnos a ellos con una lectura actual, útil para nosotros hoy. ¿Cómo podemos evitar quedarnos en un acercamiento teórico a los evangelios? ¿Cómo podemos encontrar en ellos realmente la «buena noticia» que renueve e ilumine nuestra vida?

Demasiadas veces nuestra lectura de los evangelios es excesivamente fría e intelectual. Abrimos la Biblia con la finalidad de aumentar nuestros conocimientos o de resolver nuestras dudas. A menudo nos preguntamos «qué quiere decir» un determinado texto bíblico, pero no nos preocupamos por saber «qué *nos* quiere decir» Dios a través de aquel texto.

Por otra parte, a menudo vamos a la Biblia con preguntas concretas, bus-

cando respuestas a problemas o a dudas que se nos plantean. Puede ser una actitud legítima, pero resulta insuficiente, porque de esta manera somos nosotros los que interpelamos a la Escritura, y no la Escritura la que nos interpela a nosotros, y nuestra receptividad ante la Palabra de Dios debe ser total. Está bien ir a los evangelios con preguntas, pero sin duda es aún mejor dejarse interrogar por los evangelios.

No existe una fórmula fija y única para leer la Biblia. Cada grupo, cada comunidad y persona ha de buscar la que se adapte mejor a sus características y le permita entrar realmente en diálogo con el Dios que nos habla a través de su Palabra. En ACO, por ejemplo, el método más conocido y utilizado es el que llamamos «estudio de evangelio».

En una línea semejante, y como una forma pedagógica y práctica de presentar las distintas actitudes que son convenientes para la lectura adecuada y provechosa de los evangelios (y de cualquier texto bíblico) tenemos lo que la mejor tradición cristiana ha llamado «lectio divina». Es un tipo de lectura bíblica que han practicado muchos creyentes a lo largo de la historia, y que actualmente vuelven a poner en práctica personas y grupos cristianos de todo el mundo. Podemos resumirla en cinco pasos, que no es necesario seguir escrupulosamente, pero que son un buen recordatorio de los principales elementos que debe contener la lectura de los evangelios:

1. Lectura

Cuando hablamos de la lectura como el primer paso, hemos de tener en cuenta que se trata más de receptividad que de actividad. Dios nos habla: nosotros tenemos que escucharle. Escuchar supone apertura a la Palabra, capacidad de acoger su mensaje, disponibilidad para ponerla en práctica.

Pero también nuestra lectura de los evangelios debe ser activa, poniendo al servicio de la comprensión del texto todos los medios que tenemos a nuestra disposición. La única forma de llegar a una actualización correcta y fructuosa de la Palabra que Dios pronunció en otros tiempos es comenzar por entender a fondo lo que esta palabra quería decir en su ambiente original. El primer objetivo y el primer paso necesario es comprender el texto bíblico en su sentido literal. No debemos pensar nunca que podemos tomar directamente el texto bíblico, sin ningún estudio ni ninguna preparación, y prescindir del conocimiento de los aspectos geográficos, históricos, literarios, religiosos, que están implicados en el texto. Una lectura directa sin tener en cuenta estos elementos es la que lleva al fundamentalismo, una de las peores desviaciones en el uso de la Biblia.

En este primer paso pueden ser útiles los materiales auxiliares que suelen
22 acompañar al texto bíblico en las ediciones modernas: introducciones, no-

tas, lugares paralelos, vocabularios, mapas... También se pueden consultar comentarios de los evangelios.

2. Meditación

Una vez conocido lo más posible el texto y su significado original, hay que ir entrando, poco a poco, más a fondo en él. La meditación es búsqueda del «tesoro escondido» que hay en el texto. La meditación debe realizar el paso de la cabeza al corazón. Lo que ha sido escuchado y entendido teóricamente, intelectualmente, debe ser acogido «cordialmente».

Es necesaria una reflexión lenta y progresiva para asimilar un mensaje y para interiorizarlo, para hacerlo propio. Aplicado a los evangelios, significa repetir interiormente la palabra que se ha escuchado, para entrar en la profundidad del mensaje que contiene. La repetición mental de frases o textos bíblicos puede ayudar a la memorización y a la asimilación de su contenido, y va creando en el que practica este ejercicio una familiaridad con el lenguaje y con el estilo de la Palabra de Dios.

En la meditación, la atención está puesta únicamente en el mensaje que proviene de la Palabra de Dios, y en el amor con el que el que la lee responde, sin buscar aún un resultado concreto, sino tan sólo la sintonía con Dios. En la práctica, la meditación puede consistir en la profundización teológica y espiritual de los elementos que han aparecido en la lectura.

3. Oración

Los evangelios no son simplemente documentos del pasado, testimonios de la fe de los cristianos del siglo I. Para nosotros son el medio a través del cual nos habla el Dios vivo y cercano en el que creemos. Por eso nuestra lectura de los evangelios debe llevarnos a entrar en diálogo con este Dios que se nos comunica.

La oración es el momento hacia el que convergen los pasos anteriores. Hasta ahora se puede decir que Dios nos ha hecho llegar su palabra, en la oración nosotros nos dirigimos a Dios. La oración es fundamentalmente diálogo con Dios. Y desde la perspectiva bíblica este diálogo se realiza en un ambiente de intimidad, de confianza, de intercambio profundo. La lectura de la Escritura conduce, por tanto, a la oración.

4. Contemplación

La oración debe desembocar en la contemplación, que es una experiencia personal de encuentro con Dios. Como tal experiencia personal, puede tener tantas variedades como personas. Sobre todo actualmente, que vivimos en un ambiente de ruido constante, el silencio es una condición indispensable para poder escuchar la voz de Dios y crear un clima de diálogo con él.

Se puede decir que la contemplación se da cuando los labios y la mente están en silencio, y la mirada interior está puesta en Dios, el corazón se encuentra en una oración que no tiene necesidad de palabras, y la voluntad busca unirse a la voluntad de Dios. La contemplación lleva a un conocimiento de Dios que no proviene de la razón sino del amor, no del esfuerzo humano sino del Espíritu.

La contemplación, claro está, no es fruto de la voluntad humana, sino un don de Dios, pero debe estar presente en el proceso de lectura bíblica y de oración como deseo, como objetivo.

5. Acción

Una lectura auténticamente cristiana de los evangelios no puede estar desconectada de la vida real. Sobre todo, debe tener consecuencias prácticas en la vida concreta del lector. Lo que hemos descubierto en los evangelios debe traducirse en obras y debe conducir a la acción.

En la lectura de la Biblia, no podemos dejar de lado nuestra vida, con sus problemas y preocupaciones. Tenemos que llevar en nuestro corazón y en nuestros ojos lo que vivimos, para que la palabra de Dios ilumine nuestra realidad concreta. Hemos de escuchar la voz de Dios en el hoy de nuestra historia.

Es importante tener en cuenta que debe ser la Escritura globalmente considerada la que debe orientar nuestra vida concreta. No se trata de seleccionar los fragmentos, las máximas, las enseñanzas que nos resulten más agradables o más fáciles de poner en práctica, sino de ir modelando nuestra propia vida a la luz de los evangelios y de la Biblia entera. Y menos aún se debe usar la Palabra de Dios como justificación de nuestras propias actitudes. No somos nosotros los que tenemos que proponer proyectos a Dios, sino que debemos ponernos a disposición de su voluntad.

Se trata de apropiarnos la Biblia de tal modo que lleguemos a descubrir no sólo qué quería decir un texto determinado en su contexto original, sino qué nos dice hoy. Hay que escuchar la Palabra como si fuese dirigida directamente hoy al lector. En este sentido podemos recordar la importante intuición del método de revisión de vida, según el cual las situaciones presentes se han de juzgar a la luz del evangelio antes de sacar conclusiones prácticas para el actuar.

La actualización del texto bíblico comporta también la inculcación. Hay que hacer comprensible el anuncio del mensaje cristiano a la mentalidad de los hombres y mujeres de nuestro tiempo. Ello supone conocer y acoger con un trabajo de discernimiento activo los valores y las formas de expresión de la cultura actual. Y quiere decir también rechazar aquellos elementos que

Este tarea de inculturación debe continuar siempre, en relación con la evolución continua de las culturas. Porque la Palabra de Dios trasciende las culturas, pero desde el momento en que se expresa en lenguaje humano debe tener la capacidad de llegar a todas las personas en el contexto cultural en que se encuentren.

Lectura en grupo

En el proceso de lectura y actualización de los evangelios tiene un papel fundamental la dimensión comunitaria. El intercambio de unos con otros, sobre todo cuando se trata de grupos reducidos, puede ser muy enriquecedor y muy útil para profundizar la lectura de la Biblia.

El diálogo sobre la Palabra de Dios evita que la oración y la reflexión se vuelvan demasiado individualistas y nos lleven a encerrarnos en nosotros mismos. Al mismo tiempo, es una muestra de nuestra disponibilidad para aprender, siempre necesaria en la vida cristiana y en la lectura de la Biblia.

El intercambio favorece mucho el progreso en la comprensión de los textos, porque la pluralidad de visiones y de perspectivas completa la visión personal de cada uno. El diálogo facilita el planteamiento y la resolución de interrogantes relacionados con el texto.

San Basilio daba algunos consejos muy útiles y sensatos para un diálogo de este tipo: «Hablar conociendo el tema; interrogar sin afán de polémica; responder sin arrogancia; no interrumpir al que habla mientras diga cosas útiles; no intervenir por presunción; ser mesurados en el hablar y en el escuchar; aprender sin avergonzarse; enseñar sin ningún interés propio; no esconder lo que uno ha aprendido de los demás».

De los evangelios a Cristo

Los evangelios son la expresión de la fe de los primeros creyentes en Jesucristo. En estos escritos singulares está el testimonio de las personas que no han precedido como cristianos. Ellos encontraron el sentido de su vida en Jesucristo, y a través de los evangelios transmitieron esta experiencia gozosa.

Para nosotros hoy los evangelios son un medio extraordinario de acceso a Jesucristo. A través de ellos podemos conocer su vida y su mensaje, y sobre todo podemos hacer crecer nuestra fe y alimentar nuestra relación con él.

VOCABULARIO

Espíritu maligno. Muchos pueblos antiguos creían en la existencia de toda clase de espíritus, algunos buenos y otros malignos. Las enfermedades, tanto las físicas como las mentales o psicológicas, era atribuidas a la acción de espíritus malignos, que se imaginaba que poseían y dominaban a las personas. Por eso en algunos episodios de los evangelios se dice que Jesús expulsa a los espíritus malignos de los enfermos. Es una forma de expresar su poder sobre el mal y su voluntad de llevar a todos la salud y la verdadera libertad.

Fariseos. Los fariseos eran uno de los grupos religiosos judíos más influyentes en tiempo de Jesús y de los primeros cristianos. Centraban su vida en la fidelidad a Dios, y querían cumplir escrupulosamente la Ley del Antiguo Testamento. En los evangelios suelen aparecer como adversarios de Jesús, que los critica porque se limitan a un cumplimiento exterior de los mandamientos, y ponen la Ley por encima de las personas y de la conversión interior.

Hijo del hombre. En los evangelios, Jesús utiliza a menudo la expresión «Hijo del hombre» para referirse a sí mismo. Este título evoca la realidad de su condición humana. Al mismo tiempo, está en relación con el pensamiento judío de la época, que utilizaba una expresión semejante para referirse a un personaje trascendente y glorioso, que tenía que venir de Dios como juez y soberano. Los evangelios establecen a menudo una conexión directa entre esta visión tradicional del Hijo del hombre y la realidad terrena de Jesús, particularmente a través de la necesidad del sufrimiento y de la muerte. Ello forma parte de su visión global del misterio de Jesús, que incluye de forma inseparable aspectos de pasión y de gloria, de muerte y de resurrección, humanos y divinos.

Jerusalén. Jerusalén era desde tiempos antiguos la capital política y religiosa del pueblo de Israel. Los judíos la consideraban la ciudad santa, porque allí estaba el templo, lugar de presencia particular de Dios. Mucha gente subía a la ciudad para celebrar las fiestas más importantes del año, especialmente la Pascua. En Jerusalén es donde Jesús fue detenido, condenado a muerte y clavado en una cruz.

Judíos. Jesús era judío, como también lo eran sus seguidores y los primeros cristianos. Los judíos formaban el pueblo de Israel, que desde antiguo se consideraba elegido por Dios y vinculado a él por una alianza. El Antiguo Testamento es la expresión de esta fe y de su realización concreta en la historia de Israel. Los cristianos creen que con Jesús ha llegado la etapa definitiva de la historia, y que ahora toda la humanidad está llamada a formar parte del pueblo de Dios, tanto los judíos como los de los demás pueblos. En los evangelios abundan los elementos de polémica con el judaísmo, porque las autoridades y la mayoría del pueblo no aceptaron que Jesús fuese el Mesías ni que la alianza se abriese a los demás pueblos.

Ley. En los evangelios, y en la Biblia en general, la palabra Ley se utiliza muy a menudo para designar lo que nosotros llamamos Antiguo Testamento, y especialmente sus cinco primeros libros (el Pentateuco). Por tanto, cuando se habla de la Ley no se trata sólo de los mandamientos, sino de todo lo que tiene que ver con la alianza de Dios con el pueblo de Israel, con su historia y con su forma de vivir para responder a la voluntad de Dios, según la entendía Israel en tiempo de Jesús.

Maestro de la Ley (o escriba, o letrado). Los maestros de la Ley eran personas que habían estudiado a fondo la Biblia y que tenían la función de interpretarla, actualizarla y enseñarla. La gente les consultaba para saber cómo debían comportarse para ser fieles a la voluntad de Dios. En tiempos del Nuevo Testamento, muchos maestros de la Ley eran del grupo de los fariseos.

Mesías. Mesías es una palabra de origen hebreo que significa «ungido». En tiempos antiguos, los reyes, los sacerdotes y otros personajes con algún cargo importante eran ungidos con aceite. Israel, conquistado y oprimido por otros pueblos, esperaba que Dios enviaría un rey, un ungido, que los salvaría de los enemigos. Los cristianos creen que Jesús es el Mesías enviado por Dios, que salva a la humanidad de todos los males. Por eso los evangelios hablan de Jesús como Mesías. La palabra Cristo, que viene de la traducción griega de Mesías, tiene el mismo significado.

Parábola. Las parábolas son pequeñas historias inspiradas en la vida cotidiana de la gente del tiempo de Jesús, que él utilizaba con frecuencia como parte de su enseñanza. A través de estas sencillas narraciones, Jesús explica la forma de ser y de actuar de Dios, e invita a sus oyentes a cambiar en su modo de comportarse. Generalmente, no hay que buscar en las parábolas un significado simbólico para cada detalle y cada personaje, sino una enseñanza fundamental que se deduce de la parábola globalmente considerada. Así, por ejemplo, en la parábola de la viuda y el juez (Lc 18,1-8), no hay que pensar en el juez injusto como una imagen de Dios, sino que la parábola es una invitación a la oración perseverante: del mismo modo que una viuda logra con su perseverancia que el juez la escuche, también los que no se cansan de orar serán escuchados por Dios.

Pascua. La Pascua es una de las fiestas más importantes del calendario de Israel. Los judíos daban gracias a Dios porque los había liberado de la esclavitud de Egipto y les había dado una tierra. En tiempo de Jesús, era una fiesta familiar y de peregrinación, que había que celebrar en Jerusalén. Uno de los elementos centrales de la fiesta era la cena pascual, en la que se comía la carne de un cordero que previamente había sido sacrificado en el templo.

Según los evangelios, Jesús fue condenado y crucificado en Jerusalén durante los días de la Pascua. Por eso los cristianos dieron un nuevo sentido a la fiesta, que pasó a ser la celebración del paso de muerte a vida en la resurrección de Jesús.

Publicano (recaudador de impuestos). Los publicanos eran los encargados de

recaudar los impuestos en nombre de los romanos. Eran muy mal vistos por los judíos, porque colaboraban con sus opresores y porque se aprovechaban de su cargo para enriquecerse. Eran considerados el paradigma de los pecadores, y se pensaba que no podían llegar a recibir el perdón de Dios.

Los evangelios destacan que Jesús se acerca a los publicanos, e incluso llama a alguno a seguirle. Es un gesto que muestra cómo Dios no quiere castigar a los pecadores, sino que busca la conversión y la salvación de todos.

Reino de Dios. Los evangelios (sobre todo los de Mateo, Marcos y Lucas) hablan del «Reino de Dios» para resumir el tema principal de la enseñanza de Jesús. Se trata de una expresión que tiene sus raíces en el Antiguo Testamento, en el que Dios aparece como el verdadero rey de Israel. El Reino de Dios indica una situación en la que se realiza todo aquello que Dios quiere para la humanidad: la paz, la justicia, el amor, la felicidad... Los evangelios presentan este ideal como un proceso que ha empezado a hacerse realidad en Jesucristo y que tiene que ir creciendo, con la colaboración humana, hasta su plenitud.

Sábado. El sábado era el último día de la semana en el calendario judío. Era un día de oración y de descanso, en recuerdo del descanso de Dios después de la creación del mundo y también como celebración de la liberación de Israel de la esclavitud de Egipto. En tiempo de Jesús había una casuística muy detallada sobre las actividades que estaban prohibidas en sábado. Todo ello procedía sin duda de la preocupación por una fidelidad absoluta a la voluntad de Dios, y el sábado era visto como el signo de la fidelidad de Israel a la alianza, pero había llegado a convertirse para muchos en una carga insostenible. Jesús se opuso con sus acciones y sus palabras a la esclavitud de la letra, y proclamó que estaba permitido hacer el bien en sábado, y que el sábado es para el hombre y no el hombre para el sábado.

Sacerdote. En el Antiguo Testamento, el sacerdote era visto como un intermediario entre el pueblo de Israel y Dios. Los sacerdotes tenían que cumplir unas condiciones muy precisas en cuanto a su origen y su integridad física y ritual. Eran los únicos que podían realizar determinadas funciones en el culto del templo, especialmente las relacionadas con sacrificios de animales y otras ofrendas a Dios.

Templo. Entre los judíos, el templo de Jerusalén era considerado el lugar de la presencia de Dios. Era un recinto sagrado, con unas regulaciones muy estrictas sobre qué personas podían acceder a cada uno de los espacios. El centro del templo era el llamado «lugar santísimo», en el que sólo podía entrar el sumo sacerdote un día al año, para pedir perdón a Dios por los pecados de todo el pueblo. Según los evangelios, Jesús entró en conflicto con las autoridades de Jerusalén por sus críticas a determinados aspectos del culto del templo. En la visión cristiana, Dios está presente en el interior de los creyentes, que son templo del Espíritu, y no es necesario ir a un edificio de piedra para encontrarlo.